



Oscar Castellucci¹

La función de los intelectuales y de los artistas en nuestra sociedad de todos los días

Oscar Castellucci

Docente universitario, investigador, historiador, periodista. Profesor Titular de Historia del Pensamiento Argentino en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Consejero académico, en representación del claustro docente, en dicha Facultad (2001-2004). Consejero superior de la UNLP (1992-2001). Miembro de la Comisión Ejecutora de la Ley 25.114 y director de la colección JDP, los trabajos y los días, Biblioteca del Congreso de la Nación. Miembro de la Comisión Permanente de Homenaje al Teniente General Juan Domingo Perón (decreto PEN 1.234/03). Miembro del Consejo Académico del Instituto de Altos Estudios Juan Perón. Miembro del Consejo Asesor del Instituto del Modelo Argentino (IMA).

¹ Agradezco muy especialmente a José Luis Di Lorenzo y a Ángel Eugenio Perrone la lectura previa de este trabajo y las valiosas sugerencias que me han hecho para el mismo y que he incorporado al texto.



¿Tu verdad? No. Guárdatela. La verdad. Vamos a buscarla juntos.

Antonio Machado

No puedo ni siquiera vislumbrar cuál habrá de ser la función de los intelectuales y de los artistas en la sociedad con la que sueño desde hace décadas: una sociedad justa, donde todos los hombres tengan las mismas posibilidades y las mismas herramientas para desarrollarlas. Es decir, en principio, aquélla en la que la riqueza material y la justicia estén distribuidas equitativamente.

Pero sí creo que puedo reflexionar sobre esa función en esta sociedad que nos toca vivir hoy, inequitativa e injusta, en la que abundan los privilegios de los que más tienen por sobre las necesidades de los que tienen poco o nada. Particularmente, en la sociedad de nuestra Argentina en la que se producen alimentos para alimentar a más de trescientos millones de personas por año y muchas mueren de hambre (casi tres mil anualmente), día a día, a poco de nacer, dentro de nuestras fronteras, tan cerca nuestro (es así, aunque no nos guste y estemos bien adiestrados en mirar para otro lado).

Eso es lo que me hace pensar –pido perdón a los *cientistas* sociales de moda por este anacronismo– que somos un país todavía **dependiente**. Porque, qué mejor ejemplo de la falta de soberanía (económica) de un país que, siendo un privilegiado productor y exportador de alimentos, sus hijos se mueran de hambre en beneficio del enriquecimiento permanente de los imbricados factores de poder internos/externos, a pesar de todos los esfuerzos (que hoy se están haciendo) y de las declaraciones realizadas siempre en sentido contrario.

Si, como dicen, la única verdad es la realidad, invito a intelectuales y artistas a buscarla juntos, porque en una sociedad así dependiente, el *pensar* de los intelectuales y el *crear* de los artistas son instrumentos privilegiados para una batalla que está sucediendo y que se pretende ocultar.

Porque los productos del pensamiento y el arte son formas de la produc-

ción simbólica y **una forma específica de conocimiento**, el intelectual y el artista indefectiblemente reflejan en sus obras su escala de valores (y su postura ideológica es sólo uno de los elementos que la componen) por lo cual influyen en el lector/espectador oyente mediante la obra creada, transmitiendo esa escala de valores, que no siempre es un producto elaborado por su propia conciencia. Aunque los intelectuales y los artistas supongan que siempre piensan y crean con aséptica neutralidad y objetivamente, lo hacen sin saber explícitamente que, muchas veces, son funcionales a los intereses de los sectores dominantes (internos/externos) y que sus bellas almas (y el producto de sus bellas artes) son tan profundamente racistas (en el sentido del desprecio por el hombre real y concreto) como las de quienes imponen el discurso dominante.

Como las relaciones de poder se manifiestan en la producción simbólica y de conocimiento –como en cualquier otra actividad humana–, en lo que al pensamiento y a la creación se refiere, **siempre estará presente la lucha**. En ellas, como dice Francisco Pestanha, citando a Haidar, «(...) siempre está en juego el poder que excluye».² Que excluye de tal manera que llega a conformar un club exclusivo: el de una selecta minoría privilegiada. No casualmente, el de esa minoría que es la que se apropia del concepto de humanidad, de civilización, del pensamiento, de la creación y de la palabra (y, lo que es seguramente su objetivo principal, de la propiedad y de la renta). Y que, por esa causa, esa minoría, en primer lugar, debe ocultar dónde reside la verdadera razón de sus privilegios y obligar a desviar la mirada de esa lucha permanente que pone en evidencia la distancia abismal que hay entre los que tienen y los que no.

Ese ocultamiento, en un país dependiente, implica un proceso intelectual que se denomina **colonización pedagógica**. Un singular proceso por el cual las minorías dominantes imponen sus valores a la mayor porción posible

² Francisco J. Pestanha: «Una polémica sobre Jauretche», [En línea], <http://www.lucheyvuelve.com.ar> [24 de octubre de 2006].



de la sociedad (transformándola en económica aliada de sus múltiples intereses y privilegios) mediante un intrincado y articulado procedimiento de ocultamiento que involucra al sistema educativo en todos sus niveles y a los medios de comunicación masivos.

Para decirlo con palabras de Arturo Jauretche:

A la estructura material de un país dependiente corresponde una superestructura cultural destinada a impedir el conocimiento de esa dependencia, para que el pensamiento de los nativos ignore la naturaleza de su drama y no pueda arbitrar sus propias soluciones, imposibles mientras no conozca los elementos sobre los que debe operar, y los procedimientos que corresponden, conforme a sus propias circunstancias de tiempo y lugar.³

En ese proceso, en esa pugna –que se desarrolla esencialmente en el campo cultural– entre lo que se oculta y lo que debe ser puesto en evidencia, es cuando puede ser nítidamente percibido el valor esencial de la producción simbólica, cuando el rol del intelectual y del artista adquiere una nueva dimensión, porque está en su terreno la posibilidad de **la producción del sentido**. Entonces, quieran o no, quedan colocados frente a la encrucijada de optar entre prolongar el enmascaramiento o develar las relaciones encubiertas de la realidad.

Porque es posible coincidir con Raúl Scalabrini Ortiz cuando afirma:

(...) todo lo que nos rodea es falso e irreal, falsa la historia que nos enseñaron, falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron, falsas las perspectivas mundiales que nos presentan, falsas las disyuntivas políticas que nos ofrecen, irreales las libertades que los textos aseguran.⁴

³ Arturo Jauretche: (1957) *Los profetas del odio y la yapa: la colonización pedagógica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967.

⁴ Citado por Norberto Galasso en *Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa*, Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1982.

Si todo está por descubrir, he allí, entonces, parte de la primera tarea pendiente. Es decir, en este punto, para *pensadores* y *creadores* la posibilidad se reduce a admitir cómplicemente esa irrealdad, y reproducirla en beneficio de quienes la originan, o en atreverse a reflexionar críticamente sobre la realidad en búsqueda de **otra** verdad, la verdad que incluya definitivamente a todos los despreciados. O, dicho de un modo menos literario, en estar del lado de los que viven del hambre ajeno o del de los que tienen hambre (hambre y sed de voz y de justicia digo y, sobre todo, de alimentos).

Se desvanece, así, la *inocencia*, se derrumba inexorablemente la torre de cristal en la que algunos pretendían guarecerse. Queda al descubierto que la *objetividad* y la neutralidad valorativa eran sólo algunas de las tantas falacias de la colonización cultural.

Para decirlo en otros términos, *pensadores* y *creadores* siempre están comprometidos (lo quieran o no). Porque, o lo están con los valores que sostienen al sistema (a **este** sistema) y contribuyen a su perduración o lo están con su alteración sustancial. Esta segunda clase de compromiso implica un prerequisite ineludible: sólo será posible desde la propia experiencia identitaria del multitudinario y multiforme pueblo real y concreto (no desde la que algunos teóricos imaginan –y cuya visión quieren imponer como universal– para un pueblo ideal adecuado sólo a sus deseos). Porque como ha dicho Hernández Arregui:

Todo pueblo es indiferente a teorías extranjeras, hecho que ya había percibido otro ruso genial, F. Dostoievski,⁵ y sólo reacciona frente a ideas que encajen con sus propias tradiciones colectivas. Sólo los intelectuales desarraigados de la tierra, para pensar en extranjeros, desestiman esta realidad. De este modo, al apartarse del pueblo, no son nacionales ni extranjeros, que es tanto desertar de la lucha por la liberación

⁵ Los otros «rusos geniales» a los que se refiere Hernández Arregui son Trotsky y Lenin.



como servir de criados, conscientes o inconscientes, del imperialismo que les paga y al mismo tiempo les dicta sus ideas.⁶

Aunque «el imperialismo» al que se refiere Hernández Arregui –pasadas más de cuatro décadas desde que escribiera ese texto fundacional que fue *La formación de la conciencia nacional* (y que, en gran medida, no ha perdido vigencia)– es hoy diferente (más difuso y multifacético, de capitales transnacionalizados, inextricablemente más entrelazados con los de los grupos económicos y de poder locales que lo expresan), hay metodologías que ha conservado; por ejemplo su preocupación permanente por la cooptación y la seducción de intelectuales y artistas. Y lo hace porque en ello radica un aspecto esencial de la conservación de sus privilegios y el incremento de sus intereses. Invierte, con ese objetivo, cifras cuantiosas y tentadoras para el financiamiento de centros de investigación; de universidades (preferentemente privadas, porque las públicas, objeto a destruir, aunque en decadencia cada vez más pronunciada, en última instancia no son, como todo lo que es público, *confiables*); de fundaciones; para la institución de becas y premios; para el sostenimiento de cargos tentadores y rentables, y para la disponibilidad de espacios generosos en los medios que garantizan un tránsito complaciente hacia la fama...

Por eso, como alguna vez ya he escrito:

[también] (...) es comprensible que el 'reconocimiento académico' recaiga casi exclusivamente sobre los intelectuales colaboracionistas del sistema (los 'cuentistas' sociales: de ellos serán la mayoría de las cátedras, las publicaciones, el acceso a la 'consagración' internacional y, naturalmente, los medios) que, a veces con cierta vergüenza y la mayoría con absoluto desparpajo, descentran el eje de la historia y lo orientan hacia

⁶ Juan José Hernández Arregui: (1960) *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Peña Lillo, Ediciones Continente, 2004. El destacado es mío.

uno carente de validez y seriedad científica, pero atractivo para que sea efectivo en el prolongado proceso de colonización cultural a que viene siendo sometido el pueblo argentino.⁷

El sistema no exige *demasiado* de los intelectuales y de los artistas para permitirles acceder a su generosidad económica: *apenas* adaptarse, renunciar a la imaginación, y adoptar y difundir las ideas básicas del **pensamiento único** (base de la teología neoliberal): «(...) fin de la historia, omnipresencia y omnipotencia del dinero, reemplazo de la política por la policía [‘¿me entiende?’], el presente como único futuro posible, racionalización de la desigualdad social, justificación de la sobreexplotación de seres humanos y recursos naturales, racismo, intolerancia, guerra».⁸

Si los intelectuales y los artistas no aceptan formar parte del mercado y ser seducidos y/o comprados, si no son capaces de adaptarse mansamente, si no hacen de la acriticidad y de la renuncia a la reflexión y a la búsqueda de la verdad su modo de vida, deben, entonces, ser rigurosamente **vigilados y castigados**.

El sistema dispone de varios mecanismos (y también de muchos recursos) para ello: desde los más extremos, como su eliminación directa o la represión y la persecución (los menos recomendables y más riesgosos, porque pueden terminar convirtiéndolos en mártires y multiplicar las ideas que se desean eliminar); el vaciamiento y la distorsión de sus principios (lo que está en todas partes, no está en ningún lugar); el estímulo a su autointernación en guetos (donde pueden admitirse rebeldes *a gauche* y *revolucionarios*, con la condición de que se queden siempre allí encerrados, lejos del pueblo, y no ataquen el verdadero corazón del sistema); hasta los más sutiles y efectivos,

⁷ Oscar Castellucci: «La batalla contra la neocolonización cultural», en Víctor Santa María (compilador): *Propuestas para salir del infierno. Aporte a la lucha por la idea. Lo público*, Buenos Aires, Fundación Octubre, 2006.

⁸ Subcomandante Insurgente Marcos: «¡Oximoron! (La derecha intelectual y el fascismo liberal)», México, 2000, [En línea] <http://www.ezln.org/documentos>. Recomiendo muy particularmente su lectura.



como el silenciamiento y el aislamiento: recortarles la voz y ni siquiera nombrarlos, ni para criticarlos (porque, en realidad, no hay cómo oponerse desde la irracionalidad del sistema a la razón numeral de la voluntad de justicia).

Así, el intelectual (y, agrego yo, también el artista), como dice el subcomandante Marcos en el documento citado, «(...) se debate entre Narciso y Prometeo». A veces, «(...) la imagen del espejo lo atrapa y empieza su inexorable camino de transmutación en un empleado más del megamercado neoliberal». Pero, a veces, alguno es capaz de sumergirse en su conciencia y percibir su propia imagen (y la de sus prójimos) con otra mirada, y entonces «(...) rompe el espejo y descubre no sólo la realidad que está detrás del reflejo, [sino también] a otros que no son como él pero que, como él, han roto sus respectivos espejos».⁹

Al resquebrajarse definitivamente ese cristal azogado que nos ha exhibido desde siempre una imagen distorsionada y falseada de nosotros mismos, ya no apareceremos monocordemente rubios, agradables, sonrientes, felices y esbeltos, sino que se reflejarán otros rostros y otros gestos, menos gráciles pero más auténticos, en los que deberemos comenzar a reconocernos y a buscarnos. Estaremos, entonces, vislumbrando al hombre real y con él, a su auténtica cultura, porque «(...) sería artificial hacer una distinción entre el hombre y la cultura que de él emana, pues la misma historicidad del hombre argentino impone una particular esencia a su cultura».¹⁰

No es fácil ni sencillo este proceso de *descubrimiento*; tiene, además, un costo personal elevado. No podría ser de otra manera: cada intelectual y cada artista que se sacude el letargo, que deserta del bando dominante, que es capaz de romper la telaraña de la colonización cultural y pedagógica con que se lo ha rodeado desde el sistema educativo, y que, por lo tanto, asume ideas propias, situadas en su tierra y entrelazadas con su pueblo, es una profunda

⁹ Subcomandante Insurgente Marcos, *op. cit.*

¹⁰ Juan Domingo Perón (1974): *Modelo argentino para el proyecto nacional* [compilación, redacción y supervisión general de la edición: Comisión Ejecutora de la Ley 25.114], Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2005.

herida para el sistema, una parte de su estructura que cruje y se resquebraja.

Coincido plenamente con lo que ha sostenido Frantz Fanon, aunque referido a otra circunstancia histórica, social y geográfica:

Cuando los colonialistas, que habían saboreado su victoria sobre esos asimilados, se dan cuenta de que esos hombres a quienes se creía salvados comienzan a disolverse en la negrada, todo el sistema vacila (...). Cada colonizado que vuelve a atravesar la línea es una condenación radical del método y del régimen, y el intelectual colonizado encuentra en el escándalo que provoca una justificación de su dimisión y un estímulo para perseverar en ella.¹¹

Para los *pensadores* y *creadores* que han iniciado ese doloroso pero fecundo tránsito hay una sola alternativa: sumergirse en la realidad, en su cultura nacional, nutrirla y recrearla permanentemente. Porque, vuelvo al autor de *Los condenados de la tierra*:

La cultura nacional no es el folklore donde un populismo abstracto ha creído descubrir la verdad del pueblo. No es esa masa sedimentada de gestos puros; es decir, cada vez menos atribuibles a la realidad presente del pueblo. **La cultura nacional es el conjunto de esfuerzos hechos por un pueblo en el plano de su pensamiento para describir y justificar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido.**¹²

Cada cultura nacional habrá de tener, entonces, un definido carácter de *propia*. Y esa *propiedad* de la cultura argentina

¹¹ Frantz Fanon: (1961) *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

¹² *Ibid.*



(...) se ha evidenciado más en la cultura popular que en la cultura académica, tal vez porque un intelectual puede separarse de su destino histórico por un esfuerzo de abstracción, pero el resto del pueblo no puede –ni quiere– renunciar a su historia y a los valores y principios que él mismo ha hecho germinar en su transcurso (...) Dirigir nuestra mirada a esos valores intrínsecamente autóctonos no significa tampoco precipitarnos en un folklorismo chabacano, que nuestro pueblo no merece, sino lograr una integración creativa entre la cultura mal llamada ‘superior’ y los principios más auténticos y profundos de esa inagotable vertiente creativa que es la cultura de un pueblo en búsqueda de su identidad y su destino.¹³

Tengo la certeza de que, recorrido ese camino, cuando sea realidad aquella sociedad justa con la que sueño, aquella en la que todos los hombres tengan las mismas posibilidades (y las mismas herramientas para desarrollarlas), aquella en cuya búsqueda insto a comprometerse a intelectuales y artistas, *pensar y crear* ya no serán un patrimonio exclusivo de las minorías iluminadas.

Se multiplicarán las voces y se olvidarán los silencios. Se desplegarán nuevos saberes y procederés que hoy ni siquiera somos capaces de imaginar. Se caerá a pedazos el falso racionalismo que nos ha sido impuesto, y seremos capaces de sentir nuevamente. Entonces, *pensar y crear* renacerán con un sentido desconocido y primigenio.

Para alcanzar esa eutopía¹⁴ será necesario que se produzca un cambio profundo, una transformación sustancial (en primer lugar, dentro de nosotros mismos), que no deberemos hacer ni impulsar *para el pueblo*, sino,

¹³ Juan Domingo Perón, *op. cit.*

¹⁴ El porvenir deseable (y deseado), según Gustavo F. Cirigliano: «Si uno no elige y tiene su propio futuro, está en el futuro del otro» en Victor Santa María (compilador): *Propuestas para salir del infierno. Aporte a la lucha por la idea. El propio modelo*, Buenos Aires, Fundación Octubre, 2006.

humildemente, **con él**, porque «(...) la transformación de la realidad no es tarea de un solo actor, por más fuerte, inteligente, creativo y visionario que sea. Ni sólo los actores políticos y sociales, ni sólo los intelectuales pueden llevar a buen término esa transformación. Es un trabajo colectivo».¹⁵ Un trabajo colectivo que generará un mundo nuevo con nuevas relaciones y funciones en la comunidad.

Para concluir, si me preguntan qué será en ese mundo nuevo de **nosotros**, de los *pensadores* y de los *creadores* privilegiados de hoy, incluso de los que nos debatimos en contra de este sistema inequitativo e injusto que queremos modificar, debo confesarles que no tengo respuesta. Es verdad. Nunca me detuve a pensar en ello. ¿Importa?

¹⁵ Subcomandante Insurgente Marcos, *o.p. cit.*